



## AMÉRICA LATINA: LA TRAMPA PARA LAS CLASES REINANTES

*AMÉRICA LATINA: A ARMADILHA PARA AS CLASSES REINANTES*

*LATIN AMERICA: THE TRAP FOR THE REIGNING CLASSES*

Marcos Cueva Perus<sup>1</sup> 

*Universidad Nacional Autónoma de México, México*

**Resumen:** Este artículo se propone examinar algunas de las contradicciones sociales en las que se desenvuelven los gobiernos latinoamericanos actuales, en particular los progresistas. A partir de lo que entiende Michel Foucault por “soberanía” y mediante una metodología hipotético-deductiva, se afirma que la región latinoamericana, pese a la penetración capitalista generalizada, conserva rasgos arcaicos no sencillos de desterrar. Habida cuenta de un estado de crisis y de desnacionalización, bajo fuerte influencia estadounidense, ciertas “capas ideológicas y políticas”, no desligadas de las capas medias, podrían haberse visto llamadas a gestionarlo, pero sin cambiar estructuras de raíz, en un tipo de proceso que ya ha ocurrido antes en la historia. Desde este punto de vista, sigue siendo importante distinguir entre clase dirigente y “clase reinante”, y recordar que “progresismo”, a fin de cuentas, no es sinónimo de acceso de los sectores populares al poder, sobre todo en sociedades polarizadas.

**Palabras clave:** Latinoamérica; Soberanía; Violencia; Personalismo; Progresismo.

**Resumo:** Este artigo pretende examinar algumas das contradições sociais nas quais operam os atuais governos latino-americanos, particularmente os progressistas. Partindo do que Michel Foucault entende por “soberania” e por meio de uma metodologia hipotética dedutiva, afirma-se que a região latino-americana, apesar da penetração capitalista generalizada, preserva traços arcaicos que não são fáceis de banir. Dado um estado de crise e desnacionalização, sob forte influência dos EUA, na crise, certas “camadas ideológicas e políticas”, não desvinculadas das camadas médias, poderiam ter sido chamadas a geri-lo, mas sem alterar as estruturas de raiz, de um

---

<sup>1</sup> Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM). Doctor por la Universidad Pierre Mendés-France, Grenoble II, Francia. *E-mail:* [cuevaperus@yahoo.com.mx](mailto:cuevaperus@yahoo.com.mx).

tipo de processo que já aconteceu antes na história. Desse ponto de vista, ainda é importante distinguir entre classe dominante e “classe reinante”, e lembrar que “progressismo”, afinal, não é sinônimo de acesso ao poder para os setores populares, especialmente em sociedades polarizadas.

**Palavras-chave:** América Latina; Soberania; Violência; Personalismo; Progressismo.

**Abstract:** This article intends to examine some of the social contradictions in which current Latin American governments operate, particularly the progressive ones. Starting from what Michel Foucault understands by “sovereignty” and through a hypothetical deductive methodology, it is affirmed that the Latin American region, despite the generalized capitalist penetration, preserves archaic features that are not easy to banish. Given a state of crisis and denationalization, under strong US influence, in the crisis, certain “ideological and political layers”, not detached from the middle layers, could have been called upon to manage it, but without changing root structures, in a kind of process that has happened before in history. From this point of view, it is still important to distinguish between the ruling class and the “class which reigns”, and to remember that “progressivism”, after all, is not synonymous with access to power for the popular sectors, especially in polarized societies.

**Keywords:** Latin America; Sovereignty; Violence; Personalism; Progressivism.

DOI:[10.11606/issn.1676-6288.prolam.2023.205274](https://doi.org/10.11606/issn.1676-6288.prolam.2023.205274)

*Recebido em: 03/12/2022  
Aprovado em: 22/06/2023  
Publicado em: 30/07/2023*

## 1 Introdução

No es poco lo que se ha escrito sobre el llamado “progresismo” en América Latina, para reivindicarlo o para criticarlo, pero nunca está de más ir más allá de declaraciones, intenciones y escaramuzas verbales, y de lo que los protagonistas expresan de sí mismos. Siempre hay lugar para examinar este tipo de fenómenos como muchos otros en proceso: a la luz de las contradicciones en las que se insertan, y sin descuidar su carácter social. Estos progresismos han tenido que actuar en una región en transición, donde todavía están presentes atavismos que chocan o también

se hibridan con la gran penetración capitalista, que se ha dado en nombre de la “globalización”, algo de lo que por cierto se habla menos de un tiempo a esta parte. A partir de una metodología hipotético-deductiva, hemos formulado la hipótesis de que los progresismos se debaten entre el papel capitalista que suele asignárseles, incluso desde el exterior, y la herencia de prácticas señoriales: esta contradicción se debe a la persistencia de una sobredeterminación política -no económica, ni social- que, siendo característica del pasado precapitalista en América Latina, resulta serlo también ahora, hasta donde las clases dominantes, que no son homogéneas, llegan a delegar en otros sectores sociales el aparato de Estado.

Con frecuencia, los análisis sobre los progresismos y otros espacios del espectro político tienen por límite el de ceñirse a dos grandes bloques, el del pueblo y el de la oligarquía, algo comprensible al cabo de décadas de influencia nacional-popular y nacional-revolucionaria<sup>2</sup>. Aquí sugerimos en cambio que América Latina vive una transición no exenta de mediatizaciones, que suelen expresarse en los torneos electorales muy reñidos. Dichas mediatizaciones tienen que ver con el hecho de que, para seguir a Jaime Osorio, la burguesía juega sobre el hiato entre Estado y aparato de Estado, separándose de su administración y manejo (OSORIO, 2010, p. 76): puede delegar este último, hasta cierto punto, siempre y cuando no se radicalice al grado de cuestionar a la clase dirigente. La

---

<sup>2</sup> Se esté o no de acuerdo con la crítica al “autonomismo”, análisis como los de Atilio Borón y Paula Klachko adolecen, a nuestro juicio, de tres problemas: reivindican en su núcleo la clase, pero ésta se diluye en el pueblo, las masas o las “masas populares”, cambio que data de hace tiempo, y que reemplaza el hablar de trabajadores o “clase trabajadora”, aunque sin hacer obrerismo ni campesinismo, que no corresponden a las condiciones actuales. En segundo lugar, se hace referencia de manera indiferenciada a la oligarquía y la burguesía, con lo que se impide captar la heterogeneidad de las clases dominantes. Finalmente, se habla de un imperio monolítico, cuando la diferencia es marcada entre Demócratas y Republicanos en Estados Unidos, y es igualmente notoria la inclinación de los progresismos por uno de los partidos, trátase del Grupo de Puebla (que no parece ver neocolonialismo en la presencia del español José Luis Rodríguez Zapatero, del Partido Socialista Obrero Español) o de la presencia de muy connotados progresistas latinoamericanos (incluidos Fernando Haddad y Celso Amorim) en la Internacional Progresista del Demócrata estadounidense Bernard Sanders. La alianza de los Demócratas con la alta finanza (BlackRock), el gran capital transnacional (Foro Económico Mundial) y el complejo militar-industrial no parece incomodar mayormente a un progresismo latinoamericano que, creyendo ver Roosevelts, Kennedys (o Carters), no toma en cuenta los cambios demócratas desde William Clinton para acá. Véase Borón y Klachko (2019). Arkonada y Klachko (1916), cuyo texto está publicado en Cuba, adolecen del mismo problema: además, en las resistencias incluyen comportamientos *lumpen* (saqueos en Venezuela y Argentina), fracasos a la larga en el olvido (Ejército Zapatista de Liberación Nacional), levantamientos indígenas (Ecuador) que ocultan las fracturas en los pueblos originarios y la alianza de algunas organizaciones de éstos con la oligarquía (Yaku Pérez con Guillermo Lasso), la escasa atención de Lula al Movimiento de los Sin Tierra o el declive del Foro de São Paulo.

pugna por el aparato de Estado se produciría hoy entre un bloque con sectores del pueblo, capas medias y una oligarquía de origen terrateniente (sectores con frecuencia lumpenizados) y otro bloque, no forzosamente antiestadounidense, con otros sectores populares, otra parte de las capas medias y sectores no de oligarquía, sino de burguesía a la vez con anclas en el mercado nacional, en ocasiones en el regional y en el espacio transnacional (alta finanza incluida). Para este segundo bloque, con frecuente sensibilidad social, pero no forzosamente dispuesto a ceder el lugar de las capas medias al pueblo en el aparato mencionado, hacer llamados al mismo pueblo no estaría reñido con adoptar “capitalismos serios” e intereses transnacionales; quedaría por saber si puede desprenderse entre otros de los atavismos que describimos aquí. El socialismo no tiene nada que ver en el debate, contra lo que sugieren algunos: aquél es el horizonte no del pueblo, sino de los trabajadores, algo muy distinto, y no es cuestión ya del “socialismo del siglo XXI” (Venezuela y Ecuador), ni se habla tanto de “socialismo comunitario” (Bolivia, donde se trata más bien del original “capitalismo andino-amazónico”), a reserva de la lectura no simplificada que pueda hacerse del socialismo cubano (sin burguesía) y del socialismo cristiano nicaragüense (con burguesía antioligárquica), ambos no exentos de rasgos en común con regímenes nacional-populares. En estas circunstancias, los progresismos intervienen en la disputa por el aparato de Estado buscando ser la clase reinante -que no es propiamente una clase, pero llega a tener cohesión y espíritu de cuerpo (OSORIO, 2010, p. 76) - en la que una fracción de la dirigente delegue un poder político que no deja de ejercer fascinación. Curiosamente, el aparato de Estado así delegado, y que es confundido con el Estado, llega a ser el pararrayos -al aparecer como si estuviera por encima de la sociedad (OSORIO, 2010, p. 79) - de un descontento que se expresa contra la política y los políticos, pero que no toca al problema de las clases dominantes en la economía ni su hegemonía social.

Después de examinar algunas pervivencias del pasado, en particular en las formas de violencia y de personalismo, a partir de la distinción de

Foucault entre soberanía y biopoder, mostramos cómo se han forjado con el paso del tiempo alianzas políticas nuevas, larvadas, que, hay que insistir, van más allá de dos dicotomías pueblo/oligarquía y nación/imperialismo. Concluiremos insistiendo en algunas contradicciones de la alianza o bloque progresista, no sin considerar que no hay verdaderamente “oleadas” con toda la fuerza que ésto supondría.

## **2 Soberanía, no biopoder**

De las transiciones a la democracia emprendidas en muchos países de América Latina desde mediados de los años '80 y de procesos paralelos, como el de México, país que en el año 2000 no salía de una dictadura, podía esperarse que se propagara un comportamiento cívico, de ciudadanos. Tal vez no sea la mejor manera de hacerlo notar, pero no ocurrió como podía esperarse, en la medida en que la violencia no se ausentó, sino que cambió de forma, manteniendo a la región como la más violenta del mundo, e incluso a países como México como más violentos que unos en guerra como Siria en su momento.

Las formas de matar están codificadas. En un país latinoamericano, nadie se espera al asesino serial (aunque llega a haberlos), como el “carnicero de Milwaukee”<sup>3</sup>, ni al estudiante que llegue a la escuela a disparar contra todos, estudiantes y profesores. De la misma manera, ciertas formas de crueldad están ausentes en los países centrales, donde no se naturalizan los cuerpos colgados de puentes<sup>4</sup> o descuartizados<sup>5</sup>, ni las cabezas sueltas a modo de mensaje a un grupo criminal rival. La policía tampoco es forzosamente tan brutal como puede serlo en una favela de Río de Janeiro, y los motines carcelarios, de Brasil (en particular en 2017, con participación del Primer Comando de la Capital) a México, pasando por

---

<sup>3</sup> Jeffrey Dahmer asesinó de manera macabra a 17 personas entre 1978 y 1991 en Estados Unidos. Practicaba el canibalismo. Aunque llegan a existir, los asesinos seriales son cosa más bien rara en América Latina.

<sup>4</sup> Esta es en México una práctica que ya existía en una variante durante la guerra cristera (1926-1929), por ejemplo.

<sup>5</sup> En la guerra cristera ya mencionada, los cristeros cortaban las orejas de sus enemigos, lo que también hicieron los conservadores contra los liberales durante La Violencia en Colombia a partir de 1948.

Ecuador, no son para nada frecuentes en el centro, por contraste con la periferia. Lo dicho no exculpa la violencia colonial de antaño, pero no es usual en las metrópolis. Si se quiere decir al modo de Foucault, no es igual la manera de disponer de los cuerpos en la violencia. No lo era en tiempos de las dictaduras, que torturaban a su propia población, cosa distinta de metrópolis o de imperios como el estadounidense que lo han hecho con otros, al grado de asesorar a las dictaduras mencionadas<sup>6</sup>.

Salvo excepciones, la respuesta a la violencia multiforme -del crimen organizado, sobre todo el narcotráfico, a las pandillas- ha sido más bien ineficaz<sup>7</sup>. Las ciudades latinoamericanas, en especial de México, Colombia y Brasil, seguían hasta hace poco llenando el *ranking* de las 50 más violentas del mundo, al lado de unas contadas estadounidenses y sudafricanas<sup>8</sup>. Esta violencia siguió siendo la misma o incluso peor (en sus formas) que la de tiempos pasados y hasta antiguos -de la Conquista- en muchos lugares de América Latina. Recogiendo a Foucault, no se trata de biopoder ni de disciplinamiento, aunque existan, sino de una violencia propia de la soberanía, con la ventaja sobre y la disposición de la víctima. Si se admite este hecho, quiere decir que, por lo menos en ciertos sectores de la sociedad latinoamericana, el paso a la democracia se traslapó con la sobrevivencia de formas de violencia antiguas y precapitalistas, si se

---

<sup>6</sup> Lo dicho no impidió que torturadores franceses de la guerra de Argelia, o ex nazis asesoraran las torturas en varios países del Cono Sur, como en los casos más conocidos de Argentina y Bolivia. También está la represión de 1961 en París contra la población argelina, incluyendo la llamada "masacre de Charonne". El prefecto de la policía, Maurice Papon, había sido un antiguo colaborador de los nazis. Sin embargo, en la actualidad es difícil que la policía francesa pueda actuar contra inmigrantes que la maltratan, lo que llevó hace poco a una ola de suicidios entre policías.

<sup>7</sup> Una excepción notoria es el actual gobierno salvadoreño, en un país con decenas de miles de pandilleros, y en donde los homicidios se han reducido a cero por periodos prolongados.

<sup>8</sup> En 2021, entre las 50 ciudades más violentas del mundo estaban 17 mexicanas. Había 11 brasileñas, 7 estadounidenses y 3 sudafricanas. En total, 40 eran latinoamericanas. Al examinar la lista, que se publica desde hace unos 15 años, no se puede correlacionar pobreza o pobreza extrema y violencia. Curiosamente, en algunas de las regiones más pobres de México, como el estado de Chiapas, están las ciudades más seguras (Tuxtla Gutiérrez). La excepción es León (Guanajuato), municipio con el mayor número de pobres en el país (en términos absolutos). Tampoco es el caso de Colombia, aunque sí tiende a haber en Brasil relación entre violencia y ciudades nordestinas. Los tradicionales barrios o vecindarios muy pobres y al mismo tiempo *lumpen* en América Latina, como Tepito en la Ciudad de México o la localidad de Colón en Panamá, son peligrosos, de larga data, pero no están entre los más inseguros, como tampoco gigantescas localidades-tugurio como Ecatepec en México. En México y Colombia, parte del drama tiene que ver con la disputa por las rutas de la droga. El norte/noreste de Brasil no está exento, al haberse convertido en objeto de disputa entre el Primer Comando de la Capital y el Comando Rojo (Comando Vermelho). El norte de Brasil es una ruta de drogas. Apenas llegado al gobierno, Lula tuvo que enviar fuerzas federales a la región (Natal, con presencia del Sindicato del Crimen, contrario al Primer Comando de la Capital). Es curioso constatar cómo Puerto Príncipe, capital haitiana en manos de bandas armadas, no aparece en 2023 entre las 50 ciudades más inseguras del mundo (incluso habiendo en Haití un intenso tráfico de droga).

conviene en que la soberanía de la que habla Foucault corresponde a los tiempos feudales. Otra parte de las sociedades latinoamericanas permaneció indiferente a las crueldades descritas, como si ocurrieran en otro lugar. Puede colegirse que no se instauró con las democracias un sentido pleno de la ciudadanía ni de la igualdad. Como se ha dejado entrever, lo dicho no significa que el biopoder y su disciplinamiento no hayan llegado a América Latina, al menos a ciertos sectores de la población. Siempre en términos de Foucault, no hubo transición de la soberanía al biopoder y la disciplina, como en el siglo XVIII francés, sino que ambas modalidades pasaron a coexistir. En la medida en que en la política del soberano en la forma de matar cuentan el suplicio (hacer sufrir) y su puesta en escena para escarmiento, no se excluye, en algunos de sus rasgos (no en todos), lo que Rita Segato (2019) llama pedagogía de la crueldad, ciertamente con su mandato de masculinidad -potencia y espectacularización de la misma, lo que sí implica una ritualización- y las reglas de la fraternidad (pares o cofrades), que por lo demás pueden convertir al soberano de hoy en la víctima de mañana.<sup>9</sup> Dicho de otro modo, la crueldad no está presente en todas las formas de matar y no lo está en el biopoder, en el cual en todo caso tiende a ser más bien excepcional, al impedir lo que la autora llama una gramática compartida la suspensión de las *normativas que dan previsibilidad y amparo* (SEGATO, 2019). Achille Mbembe (2011) señala correctamente la ausencia de legalidad (MBEMBE, 2011, pp. 83-86) y por ende de ciudadanía en determinados “estados de excepción”, pero cabe discrepar, al igual que con Segato, sobre el alcance de la cosificación y mercantilización capitalista de las personas, incluso en lugares como las “casas de pique” (descuartizamiento en vida) colombianas: prueba de ello sería el bajo involucramiento de los cárteles de la droga en la trata de personas, en particular de mujeres<sup>10</sup>. Es probable que tanto en Segato como en Mbembe no termine de diferenciarse claramente

---

<sup>9</sup> Al mismo tiempo, la periodista mexicana Anabel Hernández ha logrado mostrar la complicidad de más de una mujer con el mandato masculino, en *Emma y las otras señoras del narco* (HERNÁNDEZ, 2021).

<sup>10</sup> En México, la excepción está en los cárteles del noreste (Golfo/Zetas/Noreste), pero cuando ya han perdido o han visto interrumpido el negocio del tráfico de drogas.

lo que distingue a la política del soberano del biopoder, que “deja morir”, algo distinto de “hacer morir” o designar lo que “debe morir”, como ocurre “por mandato” en Colombia contra los líderes sociales.

Foucault da dos pistas interesantes sobre la soberanía. En ésta, no hay simetría, es decir que no hay igualdad (FOUCAULT, 2001, p. 49), sino una relación de soberano a súbdito (la palabra “súbdito” se dice igual que “sujeto” en francés, *sujet*), con sumisión del segundo. Pese a un capitalismo generalizado, una parte de las sociedades latinoamericanas conservó este rasgo ajeno a la ciudadanía: el “hombre jerárquico” antes que el “igual”, pese a apariencias en contrario con cierto relajamiento de las costumbres. Escribe Foucault: “la vida y la muerte de los súbditos sólo se convierten en derechos por la voluntad soberana” (FOUCAULT, 2001, p. 218), es decir que el súbdito no existe sino como prolongación de la (buena o mala) voluntad del soberano. Siempre siguiendo a Foucault, es posible pensar en la herencia de la Conquista, puesto que la disimetría implica que se perfilan “la depredación, el saqueo, la guerra” (FOUCAULT, 1994, p. 62). En este tenor, la manera de hacer morir en la política del soberano pasa por el suplicio, “producción diferenciada de sufrimientos” y “ritual organizado para la marcación de las víctimas y la manifestación del poder que castiga” (FOUCAULT, 1994, p. 40), bien conocido del Medioevo o de la Inquisición, pero también, hasta hace pocas décadas, de la ranchera y el bolero mexicanos, el pasillo ecuatoriano, el vallenato colombiano o el huayno peruano. Es una forma no disciplinaria de castigar. Sobrevive en cierto tipo de música asociada al narcotráfico, como por ejemplo en la banda sinaloense mexicana, aunque no toda. Al mismo tiempo, si la soberanía, a juicio de Foucault, “hace morir” y “deja vivir” (es el derecho de vida o muerte, de espada), a diferencia del biopoder, la historia del “ellos no se meten contigo si tú no te metes con ellos” deja entender que el narcotráfico “deja vivir”, y es correspondido, por así decirlo, por sectores de la sociedad que lo “dejan vivir”. El crimen organizado no “deja morir”: mata, “hace morir”. La actitud de los mundos político y empresarial hasta hace poco en países como México o Colombia es similar: a discreción, “deja vivir”,

tolerando, lo que más difícilmente le está permitido a una oposición radical, como lo ejemplifica hasta hace poco la misma Colombia<sup>11</sup>.

La forma de integración de base al capitalismo puede desintegrar la sociedad más atrasada: lo que está detectado en la economía tendría entonces también lugar en la sociedad. En este proceso de desintegración coexistirían polos de biopoder -en la misma indiferencia, para “dejar morir” lo no explotable- con “poros” de soberanía: lo que esto indicaría es que se estaría repitiendo un viejo patrón de modernización de fachada, sin llegar a un cambio verdadero que lleve al paso -no nada más económico y extranjerizante- a un disciplinamiento que tendría por lo demás como peculiaridad un espacio para el individualismo que, según Foucault, es ajeno a la “soberanía”. Se puede pasar entre algunos de la sumisión a una libertad vista como “derecho a la anarquía”: es probable que ni derecha ni izquierda hayan sabido colmar este vacío. Queda una hipótesis más dura: en la hibridación, algunos sectores sociales “hacen vivir” para lograr el máximo rendimiento, pero también “hacen morir” de no conseguirlo: esta posibilidad cabe en el crimen organizado y nuevas formas de violencia como el feminicidio, en ocasiones<sup>12</sup>.

### 3 Un personalismo que persiste

Pese a ciertas tentaciones, como en la manera de armar un equipo de gobierno de Jair Bolsonaro en Brasil o de expulsar del país al presidente boliviano Evo Morales, América Latina prácticamente ya no tiene mandatarios de origen militar o guerrillero: queda la única excepción de Daniel Ortega en Nicaragua, como llegaron a quedar hasta hace algún

---

<sup>11</sup> Personalidades del narcotráfico llegan a codearse “en sociedad” con altos políticos, pero, por contraste, Colombia tenía hasta hace poco el *récord* mundial de líderes sociales ultimados. En México, no es raro que se sepa *vox populi* dónde están los narcotraficantes, pero hay una forma social de tolerancia.

<sup>12</sup> El crimen organizado puede buscar “hacer vivir” mientras esto permite el máximo rendimiento del “explotado”, como sucede cuando narcotraficantes incursionan en la minería (Michoacán, Coahuila hasta hace algún tiempo en México), pero a fin de cuentas pesa sobre el reacio la amenaza de ser ejecutado. El biopoder, como “hace vivir” para extraer el máximo rendimiento y, si no, “deja morir” en la indiferencia, es más propio de las empresas transnacionales en América Latina, y no exactamente de agentes políticos.

tiempo las de José Mujica en el Uruguay (2010-2015) o Dilma Rousseff (2011-2016) en Brasil (la salida de Raúl Castro y la llegada de Miguel Díaz-Canel en Cuba a partir de 2019 marca un hito). Terminó Salvador Sánchez Cerén en El Salvador (2014-2019), pero también Ollanta Humala en el Perú (2011-2016), y falleció Hugo Chávez en Venezuela (1999-2013).

Marx y Engels no creían mayormente en un determinismo económico, y el segundo lo negó explícitamente en una carta a Joseph Bloch en 1890 (MARX; ENGELS, 2012, p. 717-718)<sup>13</sup>. Para Samir Amin, el capitalismo se caracteriza por el “economicismo” a diferencia de las sociedades precapitalistas, en las cuales la instancia predominante suele ser la religiosa-ideológica-metafísica (AMIN, 1997, p. 58). No faltan ejemplos. El mundo maya, por ejemplo, se habría venido abajo porque la religión y la guerra predominantes supusieron una carga excesiva que agotó las condiciones económicas de reproducción. Menos aún debiera desconocerse lo ocurrido con el imperio español, señorial: nunca pudo sostenerse sobre bases económicas sólidas ni pasar al capitalismo habida cuenta del predominio de la guerra y la religión, además del dispendio cortesano, que llevaron al desperdicio de la riqueza obtenida de América y en buena medida a su paso a otros lugares de Europa Occidental.

Hasta hace poco, una característica del subdesarrollo era el mismo predominio precapitalista. Las cosas no cambiaron sino de manera muy reciente, si se hace caso de las figuras presidenciales: en parte a partir de Vicente Fox en México (2000-2006), gerente de empresa (Coca-Cola), otros empresarios llegaron al gobierno, como Sebastián Piñera en Chile (2010-2014 y 2018-2022), Mauricio Macri en Argentina (2015-2019), Pedro Pablo Kuczynski en Perú (2016-2018), Guillermo Lasso en el Ecuador (2021-) y Ricardo Martinelli (2009-2014) y Juan Carlos Varela en Panamá (2014-2019), a los que cabe agregar el asesinado Jovenel Moise en Haití (2017 hasta ser asesinado en el 2021) y el muy peculiar Nayib Bukele en El Salvador (2019-). No son pocos, y dan muestra del “economicismo” ya

---

<sup>13</sup> El “economicismo” es propio del capitalismo, no del marxismo que lo analiza, salvo en ciertas corrientes de interpretación.

descrito, sobre todo en la medida en que pasó con frecuencia a creerse que la creación de riqueza depende no del trabajo, sino de la inversión y, con ella, de la “confianza de los mercados”. Con todo, con la excepción de Bukele, fracción burguesa antioligárquica y contraria en este sentido a la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), en la mayoría de los casos se ha tratado de incursiones infructuosas.

Foucault destacaba el carácter personalizante de la soberanía y la relación entre soberano y súbditos: “por un lado, cuerpos, pero no individualidad, por otro, una individualidad, pero una multiplicación de cuerpos” (FOUCAULT, 2007: 66). Más de un gobierno progresista en América Latina pasó a depender en mucho de una sola figura: Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2011, 2023- ) en Brasil (Fernando Haddad no consiguió nada comparable), pero también Evo Morales (2006-2019) en Bolivia, Hugo Chávez (2002-2023) en Venezuela, Daniel Ortega (1985-1990 y 2007- ) en Nicaragua, Rafael Correa (2007-2017) en el Ecuador y, a su manera, Andrés Manuel López Obrador (2018-2024) en México, en un tipo de régimen conocido por su fuerte presidencialismo. Esta fuerte dependencia de una sola persona no deja de recordar el pasado precapitalista, sin que se pueda hablar empero de “caudillos”, pero sí tal vez, como lo expresara en México el estudioso Jorge G. Castañeda, de resabios de “pensamiento mágico” (CASTAÑEDA, 2021). A la par con lo señalado sobre el advenimiento de empresarios, este rasgo personalizante da cuenta a su manera de la hibridez de la transición latinoamericana.

En algunos casos, el problema está en que persistió la política por encima de la economía, aunque sin ser una política plenamente moderna. A falta de un mercado interno con posibilidades para prosperar desde abajo, “la política”, con frecuencia mal entendida y no sin tintes de religión (comulgar con una figura carismática), ideología (en nombre de un pueblo difícilmente definible en sus contornos) y metafísica (la reiterada interrogante identitaria), fue el vehículo para hacerse de negocios en la región, lo que no exime por lo demás a los empresarios mencionados. Por mucho tiempo, y en buena medida con México como modelo, “la política”

predominó sobre la economía, al mismo tiempo que se creó una simbiosis corrupta, de la que no estaban exentos, en sus versiones más caricaturescas, dictaduras como la del dominicano Rafael Leónidas Trujillo o la del nicaragüense Anastasio Somoza Debayle: el control político-militar permitía hacer punciones sobre la economía, por ejemplo en el sistema de aduanas (Trujillo, años 1930 y 1940) o sobre la ayuda mandada desde el exterior para paliar los efectos de un terremoto (Somoza, 1967-1979). No es que los gobiernos progresistas mencionados hagan lo mismo, pero no dejaron de conservar la “sobredeterminación de la política” (de política no profesionalizada, algo típico de los regímenes señoriales o de los caudillismos)<sup>14</sup>, sobre todo para operar cierta redistribución de riqueza, por lo demás limitada, salvo excepciones, y no sobre las condiciones de producción, desde expropiaciones hasta reformas agrarias. El caso de Lula, alguna vez estudiado por Mylène Gaulard (GAULARD, 2011, p. 111-134), es significativo: redistribuyó al mismo tiempo que, bajo sus primeros mandatos, Brasil se desindustrializaba y estaba lejos de resolver el gravísimo problema de la tierra. En México, con la excepción del litio, López Obrador no tocó en nada una estructura de producción subordinada por completo por el libre comercio acordado con Estados Unidos y Canadá, así haya habido redistribución con las ayudas sociales.

En el pasado, la soberanía (en este caso, nacional, no en el sentido de Foucault), más allá de las formalidades, pudo interpretarse sobre todo a partir de una base política, antes que económica, una de las razones que dio al traste con la ISI (industrialización por sustitución de importaciones), a la larga aprovechada por empresas transnacionales estadounidenses en la segunda posguerra. La soberanía “irrenunciable” era un modo de apropiarse de parte del excedente desde la posición política o, si se quiere, desde el Estado. Incapaces de levantar una economía, las antiguas oligarquías confiaban la tarea de hacerlo al capital extranjero, pero desde el poder político se reservaban su derecho a una tajada, en forma de renta o

---

<sup>14</sup> El gobierno boliviano de Luis Arce es el primero en buscar resolver el problema: nombra en cargos a personalidades que saben de los mismos, antes que recompensas ideológicas, lo que no dejará de causar cierto descontento en parte del Movimiento al Socialismo (MAS)

alquiler, si se quiere. A su modo, es lo que heredó y practicó el oficialismo mexicano y que se consagró en plena crisis, a partir de 1988 en particular. Es probable que algo de lo mencionado haya quedado, no forzosamente bajo una forma corrupta, entre algunos progresismos: un papel de intermediación, para lo cual resultó clave la conquista del poder político al mismo tiempo que no se hizo mayor cosa para nacionalizar la producción. No es de descartar que más de un político-activista progresista no tuviera una idea clara de la economía, ni de la contradicción entre abogar por la soberanía política (aunque en muchos casos tampoco se hiciera con demasiada fuerza) y dejar la economía, y en particular la producción, a merced abrumadora del capital extranjero. Desde este punto de vista, gobiernos como el de Lula, Cristina Fernández de Kirchner o Andrés Manuel López Obrador estuvieron tomando las direcciones más contradictorias, algo que no podía dejar de notar una parte de la sociedad. Dicho sea de paso, no fue la manera de antaño de “congelar” las contradicciones en nombre de la unidad nacional y con la corporativización de las masas: si el populismo clásico latinoamericano tendía a ser aglutinante, los gobiernos progresistas recientes se encontraron en cambio en sociedades polarizadas, con la peculiaridad de un Brasil a la búsqueda de un “hombre fuerte”...en dos versiones de significados ciertamente distintos, lo que impide hablar de Bolsonaro, pero también de Lula, como populistas.

Lo que cuenta aquí, entonces, es el no haber sabido salir de la primacía de la política no profesionalizada, no exenta de las viejas usanzas de la maniobra con las masas (“cuerpos para una individualidad”), ni de un ámbito puramente redistributivo, si bien cabe hablar de excepciones parciales como las de Bolivia y Ecuador bajo Correa, que en más de un aspecto y no sin dificultades enrumbaron hacia el desarrollo: es probable que parte de esta capacidad tenga que ponerse a cuenta de Correa y del ex vicepresidente boliviano Álvaro García Linera, ambos con una fuerte capacidad conceptual/académica, lo que no nos parece menor. En otros casos, más de un proceso no resiste mucho a la ausencia de una persona o

a su no presencia: el gobierno chileno de Gabriel Boric, nacido de una revuelta en 2019-2020 que no fue popular, se estrelló tempranamente con la sombra del pinochetismo de José Antonio Kast.

#### **4 Las nuevas alianzas, pero larvadas**

A principios del siglo XX, salvo excepciones, las oligarquías terratenientes habían alcanzado su apogeo, y su decadencia habría de demorar, en particular frente a la llegada modernizante del capital estadounidense (CARMAGNANI, 1976, pp. 157-200). De acuerdo con la interpretación que propone Javier Garciadiego, la Revolución Mexicana hizo triunfar a la clase media (GARCIADIEGO, 2010). Habida cuenta de sus debilidades, esta clase oscilaba en aliarse con dichas oligarquías o con el extranjero “modernizante”. En la etapa anti-extranjerizante, es probable que las capas medias hayan conservado rasgos o influencias oligárquicas, como ocurrió hasta cierto punto en México.

A partir de 1959, con el triunfo de la Revolución Cubana, es posible encontrar un punto de quiebre: radicalización de parte de las capas medias, insistamos en que siempre sin perder rasgos oligárquicos, contra el extranjero imperialista, hasta los años '70; se trata de rasgos que se encuentran por ejemplo en algunos aspectos del régimen sandinista nicaragüense; y por otra parte, orientación de otro sector de capas medias hacia la admiración de todo lo estadounidense. Esta escisión no habría hecho más que reflejar la unidad contradictoria de la alianza entre oligarquías terratenientes y el capital extranjero de predominio estadounidense, ambos interesados en mantener barata la mano de obra y en extraer recursos naturales, pero en disputa por la parte de excedente a llevarse (bajo la forma de ganancia extraordinaria para el segundo o de renta para las primeras). Así pues, el eventual enfrentamiento nación/imperio tal vez no siempre fuera tan evidente, y mucho menos al margen de las clases dentro de los países latinoamericanos. No eran

tiempos en que se exacerbaba la confrontación entre pueblo y oligarquía, salvo en casos contados, como en México durante la fase armada de la Revolución o en la Revolución Nacionalista Boliviana de 1952. Una prioridad nacionalista podía servir para amortiguar un conflicto interno (el varguismo contra Prestes, por ejemplo...).

A partir de los años '70 y más aún de los '80, con frecuencia con naciones hipotecadas por el endeudamiento externo y en rápida urbanización, las oligarquías referidas fueron cambiando, hasta asociarse con frecuencia con el capital transnacional. Al mismo tiempo, el capital estadounidense fue poco a poco dejando de tener interés en un control directo o semidirecto, desde finales de los '80, luego de las invasiones a Granada (1983) y Panamá (1989), para privilegiar el consentimiento "gramsciano", según lo expresado en los Documentos de Santa Fe II, salvo en Haití, donde el Brasil de Lula jugó con la MINUSTAH (Misión de Estabilización de Naciones Unidas en Haití) un papel ambiguo, puesto que excluyó del gobierno a Jean-Bertrand Aristide. A la par de la penetración económica, pese a la diversificación de orígenes de los capitales, Estados Unidos se impuso en el llamado "poder blando", en particular el de los medios de comunicación masiva. En estas condiciones, las antiguas oligarquías perdieron sus habituales resortes de dominación, al mismo tiempo que Estados Unidos se desinteresó del injerencismo demasiado abierto para preferir el control en medio del "caos controlado". Es así que, luego de un periodo difícil en los '80, por los programas de ajuste estructural, las capas medias terminaron por convertirse en más de un caso en lo que desde mucho tiempo atrás había visto Mariátegui: la base de legitimación de la extranjerización, sin renunciar a la captura del poder para estar en condiciones de negociar con el exterior, así fuera ya no una tajada, sino ciertos matices en la visión de país, manteniendo la soberanía política, así quedara apenas como cascarón, y la alianza con "los pobres" y una parte de los empresarios, interesados en que se les creen clientes con cierta solvencia. Todo radicalismo se acabó, al grado de que el gran capital no tendría inconveniente en delegar el gobierno en parte de capas medias. Las capas medias progresistas, no

ajenas a cierta sensibilidad social, aunque sin darle protagonismo al “pueblo”, se inclinaron esta vez por la alianza con Estados Unidos, al menos en la versión Demócrata. Mariátegui escribía desde principios del siglo XX:

(...) ¿los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semif feudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzosa y completamente con la lucha antiimperialista? Ciertamente, el capitalismo imperialista utiliza el poder de la clase feudal, en tanto que la considera clase políticamente dominante. Pero sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atenúa en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro, si el poder está en manos de una clase más numerosa, que, satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, esté en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y ujier.” (MARIÁTEGUI, 2010, p. 122).

En este sentido, para el pensador peruano, la pequeña burguesía puede terminar apareciendo como “más apta para garantizar la paz social (...) (MARIÁTEGUI, 2010, p. 122),, si bien es más conveniente hablar de capas medias (que incluyen a la pequeña burguesía).

Es un tipo de situación más clásico de lo que se supone, aunque encuentra en América Latina y en Estados Unidos su punto de arranque en la segunda posguerra, cuando quiso darse por terminado el conflicto de clases gracias a la “clase media” (y al papel que en América Latina le reservaba por ejemplo la Alianza para el Progreso). Marx y Engels sostenían que a las clases dominantes no les gustaba forzosamente el gobierno, y mucho menos hacerse visibles directamente, por lo que podían delegarlo<sup>15</sup>. Siempre habría el riesgo de que aquéllos en quienes se delegaba el gobierno actuaran por cuenta propia y más allá de los límites establecidos.

---

<sup>15</sup> Se definen “capas ideológicas y políticas” en el Estado en la medida en que no son ubicables en el proceso de producción ni, de manera muy clara, en la esfera económica en general. Puede tomarse el caso del presidente mexicano, Andrés Manuel López Obrador, hijo de pequeños comerciantes, pero activista sin oficio, o de la jefa de gobierno de la Ciudad de México, Claudia Sheinbaum, hija de científicos y ella misma científica de origen, pero ubicada en lo fundamental como activista. En ambos casos está ausente el “oficio político” propiamente dicho (profesionalizado sobre todo como autoridad legal, antes que carismática y tradicional, para decirlo en términos weberianos). Jaime Osorio retoma la expresión de “clase reinante” -clase que administra el poder del Estado- para referirse al peso desmesurado de lo que llama “pequeña burguesía”, pero que abarca en realidad un espectro de capas medias más amplio. (OSORIO, 2017). El tema de la autonomización de estas “capas” está tratado por Domenico Losurdo a propósito de los países socialistas (LOSURDO, 2007: 105), sobre la base del estudio de Marx a propósito de Luis-Napoleón Bonaparte. Se incluyen también “capas militares”.

Sin embargo, no es descabellado pensar que en el progresismo se haya dado un delegamiento de este tipo para administrar la crisis y, también, para crear en cierta medida, gracias a los programas sociales, clientes solventes para un gran capital en crisis y en búsqueda de mercados: después de todo, Bolsa Familia pudo ser del agrado del Banco Mundial.

Marx y Engels plantean en *La ideología alemana*, lejos también del determinismo, la posibilidad de que en determinados períodos históricos se separen de la burguesía comprometida en la economía capas ideológicas y políticas que se hacen cargo del gobierno y que pueden llegar incluso hasta la “escisión” de aquélla (LOSURDO, 2007). La reacción es rápida cuando asoma este riesgo, como lo muestra por ejemplo la llegada de Pedro Castillo al gobierno peruano o la reacción de una parte del empresariado (representado en la Coparmex) contra cualquier actitud frontal de López Obrador en México. Al mismo tiempo, debe considerarse la añeja dificultad del empresariado – habida cuenta de su debilidad relativa- para llevar las riendas de los países latinoamericanos, por lo que el arbitraje es frecuente: con la excepción de México desde 1929 y de Costa Rica a partir de 1948, es por mucho tiempo la función del “cesarismo” militar. En estas condiciones de debilidad para gobernar, que llega a terminar por afectar a aquéllos en quienes se delega el gobierno, no es difícil pensar en el relevo de parte de las capas medias y “capas ideológicas y políticas” afines -donde puede ocasionalmente colarse un antiguo obrero metalúrgico, si la necesidad de acomodo al centro lo exige-: ahora es para garantizar mercados no nada más a una parte del empresariado nacional, sino a cuanta inversión extranjera lo desee, lo que en otros tiempos habría sido tomado incluso por “neocolonialismo”, aún sin serlo, considerando que Estados Unidos nunca tuvo colonias en América Latina (Puerto Rico no lo es). López Obrador es también Grupo Carso, como Lula es Henrique Meirelles, cuando predomina la alta finanza, pero no está para sentarse en la silla presidencial.

“Neocolonialismo” fue una palabra que quiso dar cuenta de un proceso específico: el de la presencia de antiguas metrópolis en sus antiguas

periferias ya no mediante una administración colonial directa (y mediante colonos), sino con procedimientos indirectos, “informales”, como la presencia de inversiones extranjeras (en la producción o en las finanzas, como por ejemplo los bancos españoles en México). Estados Unidos tendió a actuar de otra manera: no nada más en la economía, sino también de formas de “poder blando”, desde las organizaciones no gubernamentales (ONGs) para influir en la sociedad civil, como se lo proponían los Documentos de Santa Fe II, hasta poderosísimos medios de comunicación masiva, pasando por las inversiones de empresas transnacionales<sup>16</sup>. No puede tratarse en este caso de descolonizar, porque esta forma de poder jamás se presentó como colonial, sino a la larga como “natural” -consustancial a los “derechos y libertades”-, y en este sentido como un universalismo, no como un culturalismo, aunque lo sea (si bien entremezclado con el universalismo capitalista)<sup>17</sup>. Para una parte del imperio estadounidense, tampoco puede decirse que esté directamente en el relevo de la colonialidad del poder, entendida como distinta del colonialismo: no hay inconveniente en tener a Kamala Harris<sup>18</sup>, Lloyd Austin<sup>19</sup> o Alejandro Mayorkas<sup>20</sup> en el gobierno, como no lo hay desde hace ya buen tiempo en tratar con pueblos originarios latinoamericanos<sup>21</sup>, por ejemplo (los británicos también habían hecho lo suyo)<sup>22</sup>, mientras el “poder blando” no sea cuestionado en lo que llega a encubrir: la explotación y la dominación “informal” . No es tan nuevo. Estados Unidos ayudó a Puerto Rico, pero también a Cuba y Filipinas a dejar de ser colonias mediante la

---

<sup>16</sup> El hecho de que en más de un lugar se reivindique a los “afrodescendientes” no impide que se deje por completo en el olvido a un “país ONG” como Haití, con el que los Demócratas estadounidenses (Fundación Clinton) lucraron, destinando fondos...que fueron a parar ante todo a los bolsillos de las ONGs, un tipo de negocio que fue denunciado recientemente en El Salvador.

<sup>17</sup> Es preciso distinguir, en lo que propaga Estados Unidos, la parte de capitalismo de la de culturalismo estadounidense.

<sup>18</sup> Primera mujer en ocupar la vicepresidencia, es hija de padre jamaicano y madre hindú tamil.

<sup>19</sup> Siendo negro, ocupa la secretaría de Defensa con Joseph Biden. Mismo caso para la representante de Estados Unidos ante Naciones Unidas, Linda Thomas-Greenfield.

<sup>20</sup> Secretario de Seguridad Nacional, nacido en Cuba, y bajo la presidencia de Joseph Biden.

<sup>21</sup> Un ejemplo es el largo trabajo estadounidense con grupos indígenas ecuatorianos, aunque algunos de sus líderes hayan terminado por rechazar la “política de las reservas”. Gracias al hecho de que conservan una visión estamental, algunos de estos grupos no tienen inconveniente en hacer alianza con la oligarquía más retrógrada.

<sup>22</sup> Los británicos practicaban una política diferenciada: en el Caribe se aliaron por ejemplo a los indígenas de la Mosquitia nicaragüense, en el siglo XIX (“reino misquito” hasta 1860-1894), dejando un legado complicado no para “los europeos”, sino para Nicaragua. Los británicos no dejaron de tener cierto papel favorable a los indígenas mayas en la península de Yucatán durante la “guerra de castas” a mediados del siglo XIX.

guerra hispanoamericana, así fuera para imponer en Cuba un semi-protectorado con la Enmienda Platt, abolida en 1934. Hay más: en 1918, con sus 14 puntos, el presidente estadounidense hizo suya la descolonización de Europa Oriental, al reclamar explícitamente la autodeterminación nacional -pero también de los pueblos (punto 5)- ante el derrumbe de los imperios austrohúngaro, ruso y otomano. Luego, pese al saldo de lo ocurrido en Vietnam, Estados Unidos aspiró a ir tomando el lugar que, al caer, iban dejando los imperios coloniales británico y francés, pero también a la larga español y portugués. Esta lucha acabó vinculándose con el reconocimiento formal a las minorías en Estados Unidos, dejando atrás las prácticas supremacistas blancas más odiosas, y atrayendo a personalidades emblemáticas hasta tener incluso un presidente de origen keniano y mulato, Barack Obama. No sin antecedentes, Estados Unidos terminó por aparecer como lo contrario de lo que solía ser: pasó a ser el país de la “inclusión”, gran factor de atracción para el sur latinoamericano, aunque hubiera más de un ribete de estafa. No es tan sencillo hablar entonces de colonialidad global, basada en jerarquías etno/raciales, como lo hace por ejemplo Ramón Grosfoguel (Grosfoguel, 2022, p. 93), sobre todo que la noción de “etnia” llega a ser dudosa: en efecto, los grupos nacionales que llegan a Estados Unidos dejan de ser nacionales, pero como hay que distinguir dentro de cada raza, se habla entonces de “etnias”, para proyectar luego esta visión en el exterior, por errónea que sea. No es que la discriminación racial, a su vez, no esté presente, pero lo propio de la habilidad estadounidense está en desviar hacia las minorías o las mujeres el problema más central de la explotación en el trabajo, lo que explica involuntariamente Grosfoguel cuando recuerda que Estados Unidos es ya más un país de consumo que de producción (Grosfoguel, 2022, p. 330): las identidades, “fijadas” y esencialistas, son con frecuencia más para consumo que otra cosa, sin que se resuelva en cambio el problema planteado por la “mentalidad de gueto”<sup>23</sup>. Fijada una

---

<sup>23</sup> Después de todo, pese a lo sucedido en el caso de George Floyd, hay en Estados Unidos más negros que asesinan a negros que blancos que asesinan a negros.

“identidad”, no puede evolucionar si se impone lo que Ricardo Pérez Montfort y Ana Paula de Teresa (2020) llaman una razón cultural, que está hecha para opacar las contradicciones sociales. Si por lo demás hay explotación del trabajador, a nivel doméstico hay dominación sobre la pareja, pero no explotación, como tampoco hay forzosamente “explotación cultural” (entre culturas), por más que exista dominación, ni mucho menos entre Estados. El discurso libertario contra “toda dominación” puede dejar intocado el problema de la explotación, que deja de verse y entenderse: el capitalismo ofrece así la libertad mientras el tema mismo de la explotación permanezca intocado.

Es probable que no haya problema en América Latina para los resabios de una oligarquía terrateniente acostumbrada a la alianza con el capital extranjero, hasta quedar en posición subordinada, ni para sectores del empresariado industrial (como el de Monterrey en México) que, por debilidad, acabaron igualmente en una posición como la descrita. En este sentido, las clases dominantes locales en cierto modo se suicidaron políticamente, llegando al grado de que ciertas veleidades de independencia política no se pudieran traducir económicamente en nada. Algo similar le fue ocurriendo a parte de las capas medias en México, en medio de una corrupción galopante. Lo extraño del relevo es que no pareciera haberse dado cuenta de que no basta con acceder al control político, si al mismo tiempo prosigue la desnacionalización de las economías, lo que le hace decir por ejemplo a Alejandro Dabat que México, Centroamérica y Colombia perdieron la posibilidad de desenvolvimiento propio (Dabat, 2022, p. 534), al mismo tiempo que Sudamérica se reprimarizó. No es casual que en algunos progresismos no haya realmente “proyecto de nación” o de Estado nacional, por más que se reivindique -no demasiado- una soberanía política que no habría dejado de ser, después de todo, puramente formal y en contradicción con el rumbo de la economía y la sociedad, así tengan que evitarse los determinismos. Para algunos sectores de la sociedad, en lo que se les aparece como contraste con las antiguas prácticas señoriales, importa tener “derechos y libertades”

formales así se carezca de capacidad para el desenvolvimiento propio con soberanía económica, pero también social (y cultural), incluso en medio de la crisis: se resuelve en marcas de estatus que se hacen pasar por evidencias, de tal modo que se tiene tal o cual poder inmanente por ser indígena (pueblo originario), negro (afrodescendiente), mujer o parte de alguna minoría como antes se consideraba el poder un atributo de la persona.

Se dejó así sin defensas al nacionalismo económico, que llegó a existir, visto ahora como “particularismo”, y sin que se pudiera separar la herencia señorial de la colonial, a riesgo de deshacerse formalmente de la segunda, pero no de la primera, lo que ocurrió en América Latina, puesto que permanece en la forma de representarse el poder como una esencia, y no como algo recibido y/o que se pueda perder. Los rasgos señoriales terminarían eso sí por ser desplazados en algunos sectores de la población por los rasgos capitalistas “a la estadounidense”, es decir, ajenos a cualquier pretensión colonial, y libertarios. Este ha sido un proceso de “descolonización”, pero insidioso, al dar cabida a formas de poder menos visibles, pero de gran alcance y eficacia. Con los resabios de violencia (fratricida) ya descritos y la personalización del poder, rara vez podían ver ciertos progresismos su propia manera de minar la soberanía económica (Wilson ya buscada que la autodeterminación nacional se acompañara del mayor libre comercio posible).

Lo dicho no hace entonces de las capas medias un espacio ajeno a las contradicciones, a reserva de que faltan estudios para conocer mejor cómo están integradas, en particular para diferenciar entre sectores productivos e improductivos. Dichas capas tuvieron que empezar a actuar reivindicando la soberanía política y cierta unidad -a diferencia de antaño con el populismo, hoy imposible- en medio de una fuerte desintegración nacional y de la descomposición social, algo muy diferente de la segunda posguerra. Prueba de lo anterior está, entre otros elementos, en la división de los sufragios, con países prácticamente partidos a la mitad (Chile, Perú, Brasil, Ecuador, Argentina, Honduras...) e incluso con regionalismos cada vez más

acentuados (nordeste o sur de Brasil, costa y sierra en el Ecuador, norte y sur en México, costa limeña y sierra en el Perú...). Se ha hurgado poco en el significado de estas divisiones, pero ya no responderían a las de antaño, salvo en ciertos casos, sino a un asunto de clase apenas disfrazado, a riesgo de desembocar en más de un caso en lo que Gramsci llamaba -refiriéndose en particular al cesarismo y el bonapartismo- un “equilibrio de fuerzas de tendencia catastrófica” (GRAMSCI, 1986, p. 102), a riesgo de hundir a ambas partes, caso previsto por Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista* -como “hundimiento conjunto de las clases en lucha” (MARX; ENGELS, 2019, p. 49).

## 5 Conclusiones

Aunque aparezcan por encima de la sociedad, los aparatos de Estado, con autonomía relativa, no se encuentran al margen de aquélla. En este sentido, tienen que hacer con las contradicciones de la misma sociedad, que en América Latina se encuentra a caballo entre el anhelo de un capitalismo inclusivo y la herencia persistente de prácticas de origen señorial, como el patrimonialismo, y propias de lo que Foucault llama “soberanía”. En la actualidad, esta fractura, que toca a las distintas clases sociales, más cuando no son homogéneas, ha tomado el lugar de las oposiciones nación/imperio (el antiimperialismo no está muy vigente, salvo en personalidades como la de Evo Morales) y pueblo/oligarquía, dada la heterogeneidad de ambas y el papel de las capas medias, tampoco homogéneas, pero de donde sale la clase reinante en los progresismos (Morales o Lula no hacen una diferencia sustancial).

Dos riesgos parecen cruciales en la actualidad: el problema de la inseguridad no es menor, pero rara vez ha sido prioridad para la izquierda, mientras la derecha no está exenta de complicidad con la delincuencia (Juan Orlando Hernández en Honduras de 2014 a 2022, Ariel Henry en Haití desde 2021, pero también el gobierno de Felipe Calderón 2006-2012 en México a través de Genaro García Luna, quien fuera secretario de Seguridad

Pública). Es el fantasma, ya explicado a partir de Foucault, de la reproducción del subdesarrollo en sus peores facetas, potenciado, si se quiere, por las formas de violencia exportadas desde los países centrales a través de los medios de comunicación masiva prevalecientes. El otro problema es el de las características de un capitalismo que ya no crea empleos formales como antes, y mucho menos en el mundo subdesarrollado, pese a ciertos éxitos en gobiernos como los anteriores de Lula. Pese a que se vio exacerbado a partir de los '80, el problema de la llamada "informalidad" es más antiguo en América Latina. La existencia de grandes sectores informales y del desempleo y el subempleo no son ajenos a un *modus vivendi* que permite la reproducción de distintas formas de crimen organizado. Así, el desafío está en revertir el proceso de implosión que comenzó y se profundizó durante la crisis, aunque tuviera antecedentes antes, desde la segunda posguerra o incluso los años '20 del siglo pasado.

No todo puede derivarse de reivindicaciones populares, aunque el descontento en las calles contribuyó a la llegada de Gustavo Petro (2022) en Colombia y a la de Gabriel Boric en Chile (2022), así como Correa llegó por protestas acumuladas contra gobiernos anteriores ("rebelión de los forajidos", la última) y Morales entre otras por las protestas de la llamada "guerra del agua". Otros casos son menos claros y, después de todo, no cabe olvidar cómo empezaron en algunos casos las transiciones a la democracia en los años '80: con cierta voluntad de los militares- a veces empujados (como Alfredo Stroessner en el Paraguay, 1954-1986)- de cargarle a civiles el peso de la crisis, en medio de los ajustes estructurales.

Si el economicismo pronto se topó con sus límites en América Latina, a diferencia de Estados Unidos, donde el entrelazamiento entre negocios y política es extremadamente fuerte (lo que suele olvidarse), sobre todo que no funcionó la "derrama" (la creencia de que la riqueza la crean...los ricos), la vuelta de la política quedó marcada por la contradicción: por las dependencias ya mencionadas hacia una figura fuerte y considerada carismática, en medio de una violencia de origen arcaico, y el deseo de

imitación de Estados Unidos, en lo que pudiera permitir de amortiguamiento de la animosidad social con una redistribución que volviera al sistema “incluyente”, que es exactamente como pueden haberlo vivido parte de las capas medias, más al verse dominadas, pero no forzosamente explotadas. No está de más recalcar esta dimensión libertaria, como ya se ha mencionado, que no toca el terreno del trabajo productivo. No puede decirse que se esté ante procesos de raigambre popular o, más aún, de reivindicación del trabajo, ni ante procesos nacionalistas y contrarios al imperio: salvo en Cuba y en Nicaragua, el tiempo nacional-popular, como el populista, llegó a su fin (tal vez con la excepción chavista), y “progresismo” no deja de remitir a cierta molición en la definición. Con todo, esta curiosa americanización abrió, más allá de lo libertario, la posibilidad y sobre todo el anhelo de terminar de romper con lo que la derecha no pudo, suponiendo que le haya interesado: no nada más la miseria, sino también los arcaísmos de la violencia “feudal”, como la nombraran Petro o por cierto que también Bukele<sup>24</sup>, y el uso corrupto de los aparatos de gobierno, que no hicieron más que acentuarse con la crisis: el Antiguo Régimen previo al capitalismo permite, según Foucault, un juego de “ilegalismos recíprocos” que forma parte de “la vida política y económica de la sociedad” (FOUCAULT, 1994, p. 88). Es probable que buena parte de la población no esperara otra cosa -no poca cosa- de esta vertiente de la americanización, a falta de desarrollo (la palabra fue abandonada). Progreso social ha existido, como lo probaran los resultados en Brasil con Lula, o los de gobiernos como los de Correa o de Morales, pero sin una clara integración en el gobierno de los sectores populares -y menos aún, de trabajadores, pese a los antecedentes de Lula o Morales- a las capas políticas e ideológicas reinantes. En esta medida, dichas capas no han alcanzado a conformarse como clase dirigente -está en otra parte- ni a solidificarse como bloque histórico, ni a hacerse del Estado ni, en más de un caso, de todo el aparato de gobierno, en particular del aparato judicial, al

---

<sup>24</sup> Petro reivindicó al llegar al gobierno la construcción del capitalismo en una Colombia aún feudal, a su juicio, y Bukele no dudó en decir en entrevista televisiva que El Salvador es un país feudal.

grado que en la inmensa mayoría de América Latina el estado de Derecho está remplazado por las añejas prácticas de corrupción y discrecionalidad sumadas a los usos de la ley para formas de política muy al estilo estadounidense (cuando se atisba otro horizonte, la reforma del Estado, ocurre lo que en México con Luis Donaldo Colosio, asesinado en 1994, o con el defenestrado Pedro Castillo en el Perú). Al mismo tiempo dejó de entenderse hasta qué punto la integración al exterior impide salir a la larga del atolladero social interno: si se trata de “caos controlado”, algunos entendieron que un progresismo cada vez más centrista puede poner la parte de “control”, recurriendo a una forma de política no siempre ajena a rasgos clientelares de origen señorial.

## 6 Referencias

AMIN, Samir. **Los desafíos de la mundialización**. México: Siglo XXI-CIIECH-UNAM, 1997.

ARKONADA, Katu; KLACHKO, Paula. **Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina**. La Habana: Editorial Caminos. 2016.

BORÓN, Atilio; KLACHKO, Paula, El ciclo progresista nuestroamericano: aportes para un debate teórico-político de nuestro tiempo. In: CAVIAHUE, Matías; ARKONADA, Katu (coords). **Más allá de los monstruos. Entre lo viejo que no termina de morir y lo nuevo que no termina de nacer**. Río Cuarto: UniRío Editora, 2019.

CARMAGNANI, Marcello. **Formación y crisis de un sistema feudal. América Latina del siglo XVI a nuestros días**. México: Siglo XX, 1976.

CASTAÑEDA, Jorge G. La encuesta del pensamiento mágico. **Nexos**, 9 dic. 2021. Disponible en: <https://jorgegcastaneda.nexos.com.mx/la-encuesta-del-pensamiento-magico/>. Consultado en: 25 mayo 2023.

DABAT, Alejandro. **Del agotamiento del neoliberalismo hacia un mundo multipolar, inclusivo y sostenible**. México: Akal, 2022.

FOUCAULT, Michel. **Vigilar y castigar**. Madrid: Siglo XXI, 1994.

FOUCAULT, Michel. **Defender la sociedad. Curso en el Collège de France 1975-1976**, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

FOUCAULT, Michel **El poder psiquiátrico: Curso en el Collège de France, 1973-1974**. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

GARCIADIEGO, Javier. La Revolución mexicana: características esenciales y procesos definitorios, **Temas**, n. 61, p. 24-34, ene.-mar., 2010.

GAULARD, Mylène. Balance sobre la cuestión de las desigualdades en Brasil. **Problemas del desarrollo**, v. 42, n. 166, p. 111-134, jul.-sept., 2011. Disponible en: <https://www.scielo.org.mx/pdf/prode/v42n166/v42n166a6.pdf> . Consultado en: 25 mayo 2023.

GRAMSCI, Antonio. **Cuadernos de la cárcel. 4**. México: Era, 1986

GROSGOUEL, Ramón. **De la sociología de la descolonización al nuevo antiimperialismo decolonial**. México: Akal, 2022.

HERNÁNDEZ, Anabel. **Emma y las otras señoras del narco**. México: Penguin Random House Debolsillo, 2021.

LOSURDO, Domenico. **Fuir l'Histoire? La révolution russe et la révolution chinoise aujourd'hui**. Paris: Delga, 2007.

MARIÁTEGUI, José Carlos. **Ideología y política y otros escritos**. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana, 2010.

MARX, Karl; ENGELS, Friedrich. **Obras escogidas**. Granada: Editorial Comares, S.L., 2012.

MARX, Karl, ENGELS, Friedrich. **Manifiesto comunista**, Madrid: Alianza Editorial, 2019.

MARX, Karl; ENGELS, Friedrich, **La ideología alemana**. Madrid: Akal., 2014

MBEMBE, Achille. **Necropolítica, seguido de Sobre el gobierno privado indirecto**. España: Melusina, 2011.

OSORIO, Jaime. El hiato entre Estado y aparato. Capital, poder y comunidad. **Argumentos**, n. 23, v. 64, p. 63-86 sept.-dic., 2010.

OSORIO, Jaime. El desmesurado peso político de la pequeña burguesía. **Nuestra Praxis**. n.1, v.1, p. 66-80, jul.-dic., 2017. DOI: <https://doi.org/10.52729/npricj.v1i1.10>

PÉREZ MONTFORT, Ricardo; DE TERESA, Ana Paula. **Cultura en venta 2; Claves de la razón cultural en el capitalismo contemporáneo**. México: Debate, 2020.

SEGATO, Rita. Pedagogías de la crueldad. El mandato de la masculinidad (Fragmentos). **Revista de la Universidad de México**, n. 854, nueva época, p. 27-31 nov, 2019. Disponible en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/download/050fdfa1-d125-4b4b-afb8-b15279b6f615?filename=pedagogias-de-la-crueldad>. Consultado en: 25 mayo 2023.